

La caída de Judá: Exilio a Babilonia

Por Mario Seiglie

En esta serie hemos estado analizando los hallazgos arqueológicos que confirman y aclaran muchos aspectos de la historia bíblica. En números anteriores examinamos la época del reino dividido de Israel, cuando, después de la muerte de Salomón, el reino se separó en dos naciones: Israel y Judá. Luego siguieron dos artículos sobre la historia del reino de Israel, y en la última edición, repasamos los primeros años del reino de Judá. Ahora examinaremos los últimos años de Judá como nación.

Alrededor del año 710 a.C. Judá se encontraba en una situación muy precaria. Sólo un decenio antes, sus hermanos del reino de Israel habían sido conquistados por Asiria. Los asirios habían repoblado el territorio con otros pueblos traídos de lugares distantes del Imperio Asirio.

El territorio de Judá también fue devastado por los ejércitos asirios. Sólo mediante un gran milagro los habitantes de Jerusalén se salvaron de un destino similar al de sus compatriotas del norte.

Mientras tanto, nuevos vientos de cambio llegaban a la región. Babilonia, una nueva potencia, comenzaba a surgir en el este. ¿Podría el pequeño y débil estado de Judá sobrevivir en medio de los poderosos y belicosos países de Asiria, Babilonia y Egipto?

La increíble supervivencia de Judá es uno de los temas centrales del Antiguo Testamento.

El terrible error de Ezequías

Poco después de que Jerusalén había sido librado milagrosamente del sitio de los asirios, Ezequías, rey

de Judá, enfermó gravemente. Después de que Dios lo sanó, cierto príncipe babilonio envió una delegación con regalos y un mensaje de felicitación por la recuperación del monarca: “En aquel tiempo Merodac-baladán hijo de Baladán, rey de Babilonia, envió mensajeros con cartas y presentes a Ezequías, porque había oído que Ezequías había caído enfermo” (2 Reyes 20:12).

El rey Ezequías cometió un costoso error al pensar que el envío de estos embajadores había sido sólo un gesto de buena voluntad y reconciliación.

“Ezequías los oyó, y les mostró toda la casa de sus tesoros, plata, oro, y especias, y ungüentos preciosos, y la casa de sus armas, y todo lo que había en sus tesoros; ninguna cosa quedó que Ezequías no les mostrase, así en su casa como en todos sus dominios. Entonces el profeta Isaías vino al rey Ezequías, y le dijo: ¿Qué dijeron aquellos varones, y de dónde vinieron a tí? Y Ezequías le respondió: De lejanas tierras han venido, de Babilonia . . . Entonces Isaías dijo a Ezequías: Oye palabra del Eterno: He aquí vienen días en que todo lo que está en tu casa, y todo lo que tus padres han atesorado hasta hoy, será llevado a Babilonia, sin quedar nada, dijo el Eterno” (vv. 13-17).

Aunque Ezequías fue un rey justo y fiel, en esa ocasión dejó que aflorara su vanidad e intentó impresionar a sus visitantes mostrándoles todas las riquezas y armamentos de su reino. La Biblia revela que Dios se apartó en esos momentos de Ezequías “para probarle, para hacer conocer todo lo que estaba en su corazón” (2 Crónicas 32:31). Dios permitió que Ezequías tomara esa decisión imprudente, y de esa manera se preparó el escenario para la futura invasión de Babilonia contra Judá y su próspera capital, Jerusalén.

Manasés: vasallo de los asirios

Luego de la muerte de Ezequías, su hijo Manasés heredó el trono. No transcurrió mucho tiempo antes de que este joven rey se desviara del



Esarhadón, el poderoso rey de Asiria, es representado como un gigante ante los gobernantes capturados de Egipto y Tiro. Se aprecian cuerdas que pasan por los labios de los dos prisioneros, quienes le imploran misericordia. Algo parecido le ocurrió a Manasés, rey de Judá, quien fue llevado “con grillos” al cautiverio.



Prisioneros judíos tocan sus liras mientras son vigilados por un soldado. Esta escena en un palacio asirio recuerda las palabras de Salmos 137:1-3 que describe su cautiverio en Babilonia: “Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentábamos, y aun llorábamos, acordándonos de Sion. Sobre los sauces en medio de ella colgamos nuestras arpas. Y los que nos habían llevado cautivos nos pedían que cantásemos . . . algunos de los cánticos de Sion”.

ejemplo de justicia de su padre y se manifestara como un gobernante malvado. “De doce años era Manasés cuando comenzó a reinar, y cincuenta y cinco años reinó en Jerusalén. Pero hizo lo malo ante los ojos del Eterno . . .” (2 Crónicas 33:1-2).

“Manasés, pues, hizo extraviarse a Judá y a los moradores de Jerusalén, para hacer más mal que las naciones que el Eterno destruyó delante de los hijos de Israel. Y habló el Eterno a Manasés y a su pueblo, mas ellos no escucharon; por lo cual el Eterno trajo contra ellos los generales del ejército del rey de los asirios, los cuales aprisionaron con grillos a Manasés, y atado con cadenas lo llevaron a Babilonia” (vv. 9-11).

Dos relatos asirios corroboran que Manasés estuvo sometido a los asirios. “El nombre ‘Manasés, rey de Judá’ aparece en el prisma de Esarhadón . . . y en el prisma de Asurbanipal” como uno de los 22 gobernantes que pagaban tributo a Asiria (*The New Bible Dictionary* [“Nuevo diccionario bíblico”], 1996, p. 724).

La referencia en la Biblia de que Manasés fue aprisionado “con grillos” (v. 11) se refiere a la práctica de colocar anillos en las narices de los prisioneros para po-

der guiarlos con una cuerda. Era una forma dolorosa, humillante y degradante de castigar a quienes desafiaban a los poderosos reyes de Asiria.

Un gran imperio

En ese tiempo el Imperio Asirio, con su capital en Nínive, parecía invencible. James Muir describe este imperio en los tiempos del profeta Nahum (668 a.C.): “Asiria dominaba el Asia occidental como un pulpo cuyos tentáculos se extendían desde el golfo Pérsico hasta el Nilo, y cuya cabeza era Nínive. En ese tiempo, Nínive era una de las ciudades más hermosas del mundo. Tres soberanos habían adornado la ciudad con los tesoros de sus conquistas y se habían edificado majestuosos palacios. Estos palacios estaban contruidos de ladrillo y sobre las paredes interiores había bajorrelieves bellamente trabajados que representaban sus grandes victorias. La circunferencia de las murallas que rodeaban la ciudad era de 19 kilómetros” (*Archaeology and the Scriptures* [“La arqueología y las Escrituras”], 1965, pp. 182-183).

A pesar de la grandeza de Nínive, Nahum había profetizado que no sólo se-

ría destruida, sino que jamás sería reconstruida: “Heme aquí contra ti, dice el Eterno de los ejércitos, y descubriré tus faldas en tu rostro, y mostraré a las naciones tu desnudez, y a los reinos tu vergüenza. Y echaré sobre ti inmundicias, y te afrentaré, y te pondré como estiércol. Todos los que te vieren se apartarán de ti, y dirán: Nínive es asolada . . .” (Nahum 3:5-7).

Esta gran metrópoli del mundo antiguo fue destruida en el año 612 a.C. y desde entonces desapareció. Según la descripción de cierto escritor: “Nínive desapareció tan rápidamente que cuando el general griego Jenofonte y sus diez mil soldados pasaron sobre el sitio durante su celebrado reconocimiento del Imperio Persa, no se dio cuenta de que los escombros de Nínive se encontraban bajo sus pies. ¿Qué sucedió? Cuando Nínive fue incendiada, todo pereció en el fuego, y con el tiempo las ruinas se convirtieron en un montículo artificial cubierto de hierbas” (Arnold Brackman, *The Luck of Nineveh* [“El destino de Nínive”], 1978, p. 21).

Aunque pocos lo hubieran creído posible, la profecía de Nahum se cumplió al pie de la letra. Fue sólo en 1845 que las ruinas de Nínive fueron redescubiertas por el arqueólogo inglés Austen Henry Layard. Hoy, muchos de los tesoros rescatados de entre las ruinas ahora adornan las galerías de famosos museos en varios países.

Un escriba que dejó huella

Después de la caída de Asiria, Babilonia comenzó a reinar sobre la región. Con la llegada del rey Nabucodonosor (605-562 a.C.), los días del reino de Judá estaban contados. No obstante, Dios envió fieles mensajeros para advertirles a los dirigentes de la nación que se arrepintieran y volvieran a la adoración del único Dios verdadero antes de que fuera demasiado tarde. Años después, Nehemías reconoció la paciencia de Dios: “Les soportaste por muchos años, y les testificaste con tu Espíritu por medio de tus profetas, pero no escucharon; por lo cual los entregaste en mano de los pueblos de la tierra” (Nehemías 9:30).

Uno de esos profetas era Jeremías, quien vivió en los días en que los babilo-

nios estaban amenazando a Jerusalén. Su fiel siervo Baruc escribió algunas de las profecías de Jeremías: “Llamó Jeremías a Baruc hijo de Nerías, y escribió Baruc de boca de Jeremías, en un rollo de libro, todas las palabras que el Eterno le había hablado” (Jeremías 36:4).

Hace pocos años, unos arqueólogos encontraron una impresión en arcilla del tiempo de Jeremías que no sólo tiene el nombre de Baruc, sino que ¡parece tener hasta su huella digital!

Tsvi Schneider, que en 1991 trabajaba como bibliotecario en el Instituto Arqueológico de la Universidad Hebrea, escribe acerca de un sello en el que aparece el nombre de Baruc: “El primer nombre bíblico, y el mejor conocido, que ha sido identificado en una bula [un terrón de arcilla que lleva una impresión] es el de Baruc hijo de Nerías. Baruc era el escriba, fiel amigo y aliado político del profeta Jeremías. La inscripción, que tiene tres líneas, dice: ‘Pertenece a Berekhyahu/hijo de Neriyahu/el escriba’. La bula se refiere a Baruc con su nombre completo . . . el sello nos dice que Baruc hijo de Nerías era un escriba. Hay cuatro episodios en el libro de Jeremías donde se menciona a Baruc, hijo de Nerías, el escriba” (*Biblical Archaeology Review* [“Revista de arqueología bíblica”], julio-agosto de 1991, p. 27).

Los nombres de otras tres personas de los tiempos de Jeremías, entre ellas el hermano de Baruc, también aparecen en otros sellos e impresiones en arcilla. El mencionado bibliotecario comenta: “Es interesante que el capítulo 36 del libro de Jeremías también incluye los nombres de otras dos personas cuyos sellos fueron impresos en unas bulas que



La impresión de un sello de Baruc, escriba de Jeremías, es una prueba extraordinaria de la existencia de este personaje bíblico. Aparece a la izquierda del sello una huella dactilar, quizá del mismo Baruc.

han sobrevivido: ‘Jerameel hijo de Hamelec’ y ‘Gemaías hijo de Safán’”.

También se encontró el sello de Seraías, hermano de Baruc. El nombre Seraías aparece varias veces en el capítulo 51 de Jeremías (vv. 59-64). “El sello dice, en dos líneas: “Pertenece a Seraihu/Neriyahu’ . . . Seraías era hermano de Baruc, escriba de Jeremías; los dos, Seraías y Baruc, eran hijos de Nerías y nietos de Maasías (Jeremías 32:12; 51:59)” (*ibidem*, p. 30).

Estos increíbles descubrimientos confirman hasta algunos de los detalles del texto bíblico que parecen más insignificantes. Nos muestran que esas cuatro personas mencionadas en el libro de Jeremías realmente vivieron en Jerusalén en ese entonces.

La caída de Jerusalén

El relato bíblico de la conquista de Jerusalén también ha sido corroborado en los documentos babilonios. Veamos primero lo que dice la Biblia: “El Eterno el Dios de sus padres envió constantemente palabra a ellos por medio de sus mensajeros, porque él tenía misericordia de su pueblo y de su habitación. Mas ellos hacían escarnio de los mensajeros de Dios, y menospreciaban sus palabras, burlándose de sus profetas, hasta que subió la ira del Eterno contra su pueblo, y no hubo ya remedio. Por lo cual trajo contra ellos al rey de los caldeos [babilonios] . . .” (2 Crónicas 36:15-17).

“Quemaron la casa de Dios [el templo], y rompieron el muro de Jerusalén, y consumieron a fuego todos sus palacios, y destruyeron todos sus objetos deseables. Los que escaparon de la espada fueron llevados cautivos a Babilonia, y fueron siervos de él y de sus hijos, hasta que vino el reino de los persas; para que se cumpliese la palabra del Eterno por boca de Jeremías . . .” (vv. 19-21).

En realidad, Jerusalén fue conquistada dos veces. La primera vez fue capturada pero no devastada. Más tarde, en el año 587 a.C., sí fue destruida tal como lo describe la Biblia; fue incendiada y sus palacios, el templo y los muros fueron destruidos. La Biblia narra fielmente las dos derrotas, pero no especifica cuándo la ciudad fue conquistada la primera vez.

En 1887 fueron descifradas varias tablillas que los arqueólogos han llamado *Las crónicas babilónicas*. En ellas aparecen fechas de los reinos de varios reyes de Babilonia. Otras tablillas, que fueron descifradas en 1956, contienen las fechas del reinado de Nabucodonosor y de algunas de las actividades de éste. Lamentablemente, falta una tablilla, la cual tal vez relate los acontecimientos de los años 594 al 557 a.C. Esta es la única laguna cronológica que queda del reinado de Nabucodonosor.

“Antes de 1956 se desconocía la fecha exacta de la primera caída de Jerusalén ante los babilonios. Pero en ese año se logró descifrar varias tablillas cuneiformes que dan la fecha precisa de la primera conquista; fue en el año 597 a.C.” (*The Archaeological Commentary on the Bible* [“Comentario arqueológico de la Biblia”], 1979, pp. 143-144).

El exilio a Babilonia

Los babilonios, al igual que los asirios, deportaban a los pueblos conquistados para poder mantener un control más seguro sobre los territorios subyugados. Tal como les había sucedido a sus hermanos en el reino de Israel casi un siglo antes, ahora los habitantes de Judá eran llevados en cautiverio, en este caso a Babilonia.

Su situación parecía insalvable. El territorio de Judá yacía devastado y los babilonios habían desterrado por la fuerza a la mayoría de los habitantes. Sin embargo, a pesar de las circunstancias adversas, Dios animó al pueblo por medio de sus profetas a no perder la esperanza de que un día volverían a su tierra. No sólo envió profetas a Judá, sino también a Babilonia. Daniel y Ezequiel, quienes vivieron en Babilonia, hablaron de una futura restauración del pueblo de Judá.

Dios, hablando por boca de Jeremías, le dio esperanza a su pueblo al decir: “Así ha dicho el Eterno de los ejércitos, Dios de Israel, a todos los de la cautividad que hice transportar de Jerusalén a Babilonia: Edificad casas, y habitadlas; y plantad huertos, y comed del fruto de ellos. Casaos, y engendrad hijos e hijas . . . y multiplicaos ahí, y no os disminuyáis. Y procurad la paz de la ciudad a la cual os hice

transportar, y rogad por ella al Eterno; porque en su paz tendréis vosotros paz . . . Porque así dijo el Eterno: Cuando en Babilonia se cumplan los setenta años, yo os visitaré, y despertaré sobre vosotros mi buena palabra, para haceros volver a este lugar” (Jeremías 29:4-10).

Con estas palabras de ánimo, los exiliados florecieron como una comunidad importante en Babilonia. Tuvieron tanto éxito que una vez cumplidos los setenta años de la profecía, la mayoría de los exiliados decidieron quedarse en Babilonia. Estas circunstancias permitieron que dos grandes comunidades de judíos surgieran en esa parte del mundo, una en Babilonia y la otra en Jerusalén.

Las pruebas arqueológicas confirman la existencia de condiciones favorables para los judíos en Babilonia, como lo había prometido Dios. “En 1933, el asiriólogo E.F. Weidner decidió examinar las tablillas y los restos depositados en el sótano del museo del emperador Federico . . . Entre todos estos aburridores documentos administrativos Weidner encontró algunas inapreciables joyas de la burocracia del mundo antiguo. En cuatro facturas distintas relacionadas con la distribución de provisiones, entre ellas el aceite de ajonjolí de la mejor calidad, tropezó con un nombre bíblico conocido: ‘Ja-u-kinu’, es decir, ¡Joaquín! No había posibilidad de equivocarse, porque el nombre de Joa-

quín aparecía con su título completo: ‘Rey de la [tierra de] Judá’ . . . Joaquín, rey depuesto de Judá, vivió con su familia y su séquito en Babilonia, en el palacio de Nabucodonosor. Debido al descubrimiento de Weidner, podemos llegar a la conclusión de que la siguiente información complementa el relato en el Segundo Libro de los Reyes: ‘Y continuamente se le daba una ración de parte del rey de Babilonia, cada día durante todos los días de su vida, hasta el día de su muerte’ (Jeremías 52:34)” (Werner Keller, *The Bible as History* [“La Biblia como libro de historia”], 1980, pp. 303-304).

El Banco de Murashu e Hijos

Los industriosesos judíos que llegaron a Babilonia como cautivos recibieron bastante libertad de parte de los babilonios, que también eran muy emprendedores. La historiadora Petra Eisele explica: “Aunque no se sepa mucho sobre la vida de los exiliados en Babilonia, se sabe en cualquier caso lo suficiente como para poder decir que a ellos las cosas no les iban mal; su suerte no es de ninguna forma comparable al duro destino de sus antepasados en Egipto en tiempos de Moisés. En Babilonia desde luego no vivían como prisioneros o esclavos, sino como ‘semilibres’ . . . Cuando los persas, después de la conquista de Babilonia en 539 a.C., concedieron a los judíos la libertad de volver a su

patria, sólo una minoría de estos supuestos ‘pobres prisioneros’ aprovecharon esta generosa oferta. Muchos de ellos no querían sacrificar en absoluto sus comodidades y el patrimonio que habían conseguido en tierra ‘extranjera’ a cambio de un porvenir incierto en la ‘patria’.

“Como demuestran las tablillas de arcilla, documentos comerciales del siglo quinto [a.C.], es decir después del fin del exilio, los bancos babilonios estaban firmemente en manos de los judíos. Sobre todo un banquero judío —para precisar la Banca Murashu e Hijos— había penetrado muy bien en la vida de los negocios en Babilonia, especialmente en la compra-venta de terrenos de importancia. Tenía su sede central en Nipur y sucursales en ¡200 localidades del país!” (*Babilonia*, Editorial EDAF, 1980, p. 70).

Con comunidades florecientes en Babilonia y Jerusalén, el pueblo judío estaba mejor preparado para sobrevivir a las conquistas de los persas, griegos y romanos. Unos siglos después, durante el período del Nuevo Testamento, los judíos se mantuvieron firmemente arraigados en Israel. Contra todas las probabilidades, se cumplió la promesa de Dios de que los habitantes de Judá no permanecerían cautivos de los babilonios.

De hecho, la pala del arqueólogo ha desenterrado mucho que confirma la historia bíblica. **BN**